

El lobo sin luna Saúl Marrero Brito

Salto de la cornisa. Mientras me encuentro en el aire, me doy cuenta de la luna que me alumbra, que me observa de forma maternal. Se me olvida mi nombre. No recuerdo, ni siquiera, el de mi novia cuyo sonido amo mientras observo una sonrisa en sus labios. Y entonces caigo en otro edificio.

Mi deporte preferido es el *Parkour*, “El Arte del Desplazamiento”, y es precioso sobresaltar vallas, agarrarme de cornisas, sortear obstáculos haciendo piruetas, mientras me veo iluminado por las luces de neón, farolas y, ante todo, la bella luna que baña esta hermosa y a la vez inmunda ciudad. La Ciudad del Pecado, *Sin City*, Las Vegas.

Cuando corro y salto, me siento libre; me siento yo mismo; siento que no me hace falta de nada. Además, me encanta el hecho de poder complementarlo con mi humilde trabajo de mensajero. Corriendo entre calles y avenidas para entregar paquetes en mano.

Pero esta es una falsa libertad. Una felicidad de mentira. Mi vida no ha sido precisamente fácil. Nunca he gozado de grandes lujos, ni nunca fui lo que se dice alguien “popular” ni con muchos amigos. Desde bien pequeño aprendí que las patadas de la vida llegan si avisar. Y o las asimilamos al recibirlas, aprendemos de ellas y nos levantamos, o nos hundemos en la miseria.

A los catorce años mi padre abandonó la familia, forzándome a estudiar y trabajar al mismo tiempo. Resistí. Hace un año y medio, mi hermano pequeño se trasladó a la costa este tras una fuerte discusión de los dos y, ahora, apenas mantenemos contacto. He resistido. Siempre he logrado aguantar y salir adelante, sin derrumbarme y de la forma más madura posible. Pero hubo una vez que no pude conmigo mismo...

Mi madre se moría. No tenía dinero y estábamos al límite los dos. Hice un trato con gente que no debía. Logré el dinero y mi madre se recuperó. Pero solo para que seis meses más tarde reapareciera su enfermedad y no me diese tiempo a nada. Se fue de mi lado. Otra patada, esta vez con carrerilla, por parte de esta, mi vida.

Sólo me queda una única persona: mi novia. Ella está prosperando en una compañía de teatro. Yo logré terminar milagrosamente Bachillerato. Pero la deuda de mi “trato con el diablo” me obliga únicamente a trabajar. Soy un lobo que solo tiene una luna a la que aullar y un solo pilar que lo sostiene. Ahora corro para vivir. Vivo por correr. Debo ser. Debo durar.

Mientras descendo por un callejón, veo movimiento. Una trifulca. Parece un asaltante cometiendo un robo. Mi instinto de la justicia y mi escaso pero fuerte valor me obliga a acercarme. En un atisbo de luz por parte de un vehículo, logro ver las caras de dos personas mientras la mía se torna en una expresión de dolor y furia. Al fin mis reflejos han logrado comprender la escena: mi novia, entre todas las personas de esta ciudad, está siendo violada.

Mi capacidad para mantener la sangre fría, con mi siempre presente instinto de la justicia, que se ha tornado en sed de venganza, me obliga a actuar.

En la compañía de mensajería nos hacen llevar una arma (normalmente blanca) como precaución para defendernos en caso de que la mercancía sea codiciada o valiosa. Desenfundando la daga que llevo sujeta a la pierna derecha y me dispongo a luchar. En mi mente se despierta un asqueroso sentimiento asesino fruto de la ira, impotencia y frustración que, de momento, logro mantener a raya.

Veo que el asaltante tiene un revólver bajo el abrigo. En ningún momento se me pasan por la cabeza las consecuencias de lo que está a punto de suceder. No me paro a pensar si yo o ella resultaremos heridos, o si habrá más asaltantes, en nada. Lo que es algo bastante arrogante por mi parte.

El tipo me ve y se dispone a desenfundar, pero hago uso de mi habilidad atlética para lanzarle el cuchillo e impedir que tenga tiempo de apuntar y así me acerco rápidamente y de una forma eficaz. El cuchillo no impacta en el objetivo pero me da tiempo a posicionarme donde quiero. Agarro el antebrazo en cuya mano sostiene el arma, forcejeamos y me doy cuenta de que es un sicario seguramente enviado por esos tipos con los que tengo la deuda por saldar. En mi cerebro pasan miles de pensamientos en millonésimas de segundo, pero ninguno me produce miedo o me incita a echarme para atrás. En un acto reflejo, lanzo una mirada hacia la pierna de mi novia. Ha recibido un disparo en el muslo izquierdo. Mi ira se intensifica y, por un momento, mi juicio se nubla por completo. Agarro al tipo del cuello y comienzo a golpearlo. Le rompo la nariz, le abro una ceja, le disloco la rodilla de un certero codazo.

Súbitamente, una bala salta al aire. Huelo el olor del cañón y veo retroceder el percutor. El mundo se paraliza. Por un momento pienso que todo se ha acabado; que, quizá, la bala me ha alcanzado y que, aunque dejo muchas cosas atrás, la vida no tendrá otra oportunidad de volver a golpearme. Pero no, no me dará ese placer.

El violador se desploma mientras mi novia me mira horrorizada. El revólver lleva un rato en mi mano.

Mi cuerpo actúa de forma increíblemente fría y calmada, como si no fuera yo quien lo controlase, saco mi móvil y llamo a los servicios de emergencia y digo, simplemente, que han violado y disparado a una persona, y que hay un cadáver en la dirección en la que nos encontramos. Todo esto mientras, en mi cabeza, un torrente de la más amarga adrenalina, mezclada con un número aun mayor de pensamientos desbocados mantienen mi ser al límite de la locura, de la histeria, de la rabia psicótica.

Miro por última vez a mi chica, cuyo estado de shock ha disminuido lo suficiente para poder llorar amargamente. Entre sollozos, me devuelve la mirada. No hace falta palabra alguna. Sé que ella me quiere decir que, en cierta medida, me entiende y va a hacer nada para detenerme. Ojalá fuera lo suficientemente fuerte como para quedarme con ella y asumir que sea juzgado y, quizás, condenado. Pero un primario y egoísta instinto de supervivencia me lleva a subir de nuevo a los tejados, y huir mientras oigo las sirenas que se acercan.

Escalo edificios y corro a través de tejados, alejándome todo lo que puedo. Cuando el dolor es tanto que no me deja seguir, me dejo caer de rodillas. Miro hacia mi hermosa y maternal luna, espectadora de todo lo que ha pasado.

Por fin, me permito el lujo de derrumbarme y romper a llorar. Lanzó puñetazos de rabia contra el suelo y emito gritos sordos.

He matado a una persona. Me encuentro en un tejado en mitad de una inmunda pero hermosa Las Vegas. Mi novia ha sido violada. Y yo la he dejado sola en un callejón a su suerte.

Me pregunto, si eso del Karma existe y todo lo que damos, bueno o malo, se nos devuelve, ¿dónde demonios está mi parte buena? ¿Dónde está mi momento de redención? ¿Qué puñetero delito cometí al nacer para ser castigado así? ¿En qué momento fui condenado como saco de arena para la vida?...

Mi ira me cegó. Tenía que elegir entre ella o él. Inconscientemente, huí porque sabía que ellos volverían a cobrar su deuda, y solo yo podía mantenerla alejada de eso. Solo yo podía sacarla de esta guerra en la que me he visto envuelto. Prefiero incluso no volver a estar con ella

si, con eso, sé que es feliz y está a salvo. Es mejor ser un lobo que no puede aullar a su amada luna, mientras asegura que esa luna se mantiene en el firmamento.

Creí que tenía control sobre mí mismo y, en cierta medida, sobre aquello que me rodeaba. Pensé que, con esfuerzo, dedicación, humildad, madurez, habilidad, todo sería más fácil. Entendí que toda mi vida había sido un largo y duro entrenamiento. Pero me equivoqué terriblemente. Jamás finalizaré dicho adiestramiento. La vida aún debe darme muchas lecciones. Yo, que creía saber qué es el infierno, me consideré con derecho a dictar justicia. Nadie en este mundo tiene tal derecho. Ya no tengo miedo, porque me soy consciente de que será la vida la encargada de premiar ciertas cosas y ajusticiar otras. Todo caerá por su propio peso y aquel que merezca volar será dotado de alas.

FIN